

oír el Star Spangles Banner, solamente escuchará el jayl de las víctimas inmoladas por su insaciable codicia.

Ciudadanos libres del Continente: Nicaragua no está muerta.

Muchos de sus hijos se han inmolado y se inmolán por su libertad y la del Continente.

Nicaraguenses: Combatamos la intervención hasta vencerla.

Salvenos nuestra bandera nacional y vivamos nuestra propia vida!

Hoover y Stimson: Perded la esperanza de continuar en el Capitolio de Washington si continuáis en la aventura de Nicaragua.

Vuestra teoría de que los pueblos débiles se defienden por su moralidad, es la consagración de la perpetua inmoralidad de los pueblos fuertes ¿por qué, de qué y de quién se van a defender los pueblos débiles? ¿Es acaso de la moralidad de los pueblos fuertes? No, es de los abusos, de la inmoralidad de los fuertes, a quienes se les concede el derecho de ser inmorales porque son fuertes. Con la palabra moralidad, queréis significar sumisión.

No lo conseguireis.

Pueblo Norteamericano: Peleamos no contra vuestra gran nación sino contra la perversidad de vuestros malos políticos.

Con nuestra sangre se abonará la tierra para que surja la América Nueva: el Reino de Dios; la sociedad viviendo del trabajo y la concordia.

Nuestra bandera es azul y blanco: «Truth and Liberty» y la tendremos con nuestra sangre: «Red stands for courage».

¿Por qué no puede haber un entendimiento entre los pueblos del Continente para desenvolver armónicamente sus energías?

De nuestras luchas en Nicaragua tendrá que surgir el verdadero panamericanismo, que se ha reducido en las oficinas de Washington a camiónas y discursos serviles entre Ministros y Diplomáticos.

Un Pueyeydon y un Guerrero fueron espíritus desorbitados en ese concierto de adulaciones y genuflexiones serviles.

La Unión Panamericana la tendremos que hacer nosotros, los que sabemos defender una bandera y amar a una patria chica, para después amar a la grande; y no esos Diplomáticos de Teatro.

Recomiendo a los que simpatizan con nuestra causa que se abstengan de formar comités y de hacer discursos para ayudarnos.

Nosotros, los que peleamos en las montañas de Nicaragua, encontraremos en manos de los invasores las armas y se las arrebataremos; nos alimentaremos con los ubérrimos frutos que producen nuestros campos, y que serán para

nosotros, porque son nuestros.

Los pueblos que simpatizan con nuestra bandera, las personas que quieran acompañarnos, que vengan al seno de estas montañas donde Dios nos protege.

Que los hombres celosos por la soberanía del Continente envíen sus representantes a Washington, que sean los verdaderos representantes de estos pueblos y anulen las manifestaciones serviles de los diplomáticos encorvados al peso del oro y en actitud de pordioseros.

Porque si allá hay quienes, cegados, procuren nuestra conquista y nuestra destrucción, hay también amigos de nuestra causa y hombres honrados, que obedeciendo al imperativo moral de la justicia harán que brille nuestro derecho y cambie la actitud erral de los oficiales del Capitolio.

A los amigos que me han querido detener en mis ansias de protesta, por temores de que con mi actuación vaya a justificar las inocentes exposiciones de Moncada, yo les contesto desde aquí, del centro de estas montañas que es pueril ese temor, porque con protesta y sin protesta, los invasores estarán siempre surgiéndolos para explicar su permanencia en territorio nicaraguense.

Así lo prueba el despacho que he trascrito con anterioridad y los últimos publicados por la prensa, y lo cual me ha decidido a tomar el camino de la lucha para obligarlos a que sufran las consecuencias de sus propósitos perversos.

Además, cómo podrán explicar sus labores intervencionistas, cuando la ruta que toma el dominador de Managua es la de la tiranía y la del despotismo!

Hoy suprime municipalidades; mañana suprimirá al Congreso y convocará a una constituyente que legalice su mando perpetuo y las atrocidades de la legión extranjera.

Acordaos, que fué él, quien disolvió la Constituyente de 1910.

Los conservadores que están pensando que Díaz sucederá a Moncada se quedarán con dos palmas de narices.

Y los liberales que sueñan con ser candidatos, pensando que quién los vendió en Tipitapa, desenderá por la pendiente de la ley, tendrán que besar la bota de este nuevo histrion zelayuno.

El estará apoyado por el yanqui en todos sus atentados, como está apoyado Machado en Cuba, y cualquier otro tirano que surja en la América Latina.

Por eso es que nuestra lucha es oportuna.

Vamos en apoyo del Congreso antes de que lo disuelva.

Vamos en apoyo de la Corte Suprema y de las Municipalidades

como instituciones constitucionales.

Nuestra lucha es constructiva.

Necesitamos que surja en Nicaragua un gobierno, cuyo jefe, pueda decir, parodiando el presidente González Viquez, de Costa Rica:

«Mil veces prefiero tener que tratar con nicaraguenses apasionados e injustos que sistemáticamente hagan oposición, que tratar a los nicaraguenses con látigo».

«Cada hora conmovida de la Historia, crea a los pueblos un nuevo deber histórico», ha dicho Vargas Vila.

Y estamos dispuestos a cumplir con este nuevo deber y por eso vamos a la lucha.

El golpe asestado últimamente a la prensa libre de Nicaragua nos anima a luchar para restituir su soberanía a la verdad».

Y los escritores de América estarán con nosotros.

«El contagio de la Libertad es incontentible» y con los escritores nos acompañarán los pueblos todos.

La Intervención yanqui en Nicaragua ha fracasado en todo sentido.

¡Ha triunfado únicamente en el campo de la destrucción criminal!

Antes de Tipitapa no había muerto ningún soldado yanqui.

Después de Tipitapa han muerto muchos y continuarán muriendo; y han inmolado más nicaraguenses que en todas las guerras juntas.

La intervención declaró ante el mundo que daría elecciones libres, y lo que hizo fue imponer dos candidatos a los nicaraguenses, que didatos a los nicaraguenses, que asustados por las demostraciones de fuerza fueron a unas elecciones ilegales y escandalosas.

El pacto de Tipitapa y las elecciones de McCoy, han sido la monstruosidad mayor que han cometido los yanquis en Nicaragua.

El doctor Sacasa fue humillado y con él su partido.

«Solo los muertos tendrían derecho a comerciar con la sangre» ha dicho el escritor colombiano.

Y en Tipitapa los vivos comerciarán con ella, renunciando a la Victoria.

En las elecciones se atropellaron y pisotearon la constitución y todas las leyes, obligando a los nicaraguenses a sufrir las humillaciones más perversas.

Hablar de Constitución y Leyes con el gobierno surgido de la intervención, es un contrasentido.

Su sollo está construido de la ilegalidad y sus frutos tienen que ser la voluntad del virrey.

Inocentes los nicaraguenses que hablan de ley en esta época.

¿Acaso existe en Nicaragua, desde que los yanquis intervienen?

Todo esto exige una reparación. Allá vamos.

Debemos establecer un gobierno que no erija como deidad a la Mentira.

Un gobierno que teniendo por sustentáculo la opinión pública, no necesite de genizaros asalariados, para mantener el orden y las garantías.

Un gobierno, que en vez de una guardia costosa y criminal, que consume todos los haberes de la nación y perpetra sin piedad todos los atropellos, reorganice la policía republicana de responsabilidad y respeto, que guarde la vida y hacienda de los nicaraguenses.

Un gobierno que organice la instrucción pública, no con decretos sino con hechos, pagándoles sus sueldos a los maestros.

Que recaude honestamente las rentas y las emplee en las necesidades perentorias de la reconstrucción nacional.

Que respete la libertad de imprenta.

Que no tema a sus concluidadanos.

Que en vez de pedir un ejército yanqui para que lo guarde en sus puertos, solicite catedráticos y profesores para que trasmitan a nuestro pueblo cultura e instrucción.

Que no trate de perpetuarse en el poder suprimiendo las elecciones, cuando la vía de la opinión no dele triunfar a las candidaturas oñ tales.

Que no invente conpiraciones para hacer odios y rencores y extrañar del país a periodista que no se han dejado seducir por las prebendas.

Que nos garantice el derecho de vivir y poseer nuestra tierra, sin peligro de morir a manos de yanquis ebrios y sin cultura.

Que reconstruya nuestras ciudades, no con palabras y promesas insinceras, sino con hechos tangibles y reales.

Que no permita que se turbe la paz de los sepulcros y se irrespeten nuestros cementerios.

Que sin reclamar el mérito de la adquisición de nuestro Banco y nuestro Ferrocarril, que ya estaba hecha desde 1924, los organice con tendencias nacionales, sin personalismos ni ingerencias gubernamentales.

En fin, un gobierno que salido del corazón y del alma del pueblo, sin odios, sin odios y sólo con buena voluntad, mitigue los ardores de las luchas anteriores; vea en cada nicaraguense a un hermano y no a un enemigo; y al conjuro del Dios de la Fraternidad imponga la paz por el reinado de la justicia de la persuasión y del amor a la Patria.

Y los yanquis han fracasado, en todo, como han fracasado en la pacificación y en sus reconocimientos

de gobiernos.

Díaz, reconocido por ellos, fué más combatido que Chamorro a quien le negaron su reconocimiento.

Y Moncada, elegido por ellos para sustituir a Díaz, es incapaz de mantener el orden sin las balonetas extranjeras, como acaba de declarar el mismo Stimson, diciendo, que los marinos no se retiran de Nicaragua porque el presidente Moncada no quiere.

¿Cómo qué, si los altos deberes morales del pueblo y gobierno Norteamericano estuvieran supeditados al capricho o las incapacidades de uno de los caciques centroamericanos!

Semejante declaración de Stimson, con la que encubre ante el pueblo norteamericano y ante el mundo sus mercenarías compromisos de Tipitapa, no se comparan con la verdad y lo ponen en ridículo.

Si cree inconveniente la presencia de marinos en Nicaragua; qué es lo que pesa en la moralidad de los Estados Unidos para acceder a la petición del entronizado de Managua?

No necesitamos contestar los nicaraguenses esa humillante confesión de Stimson.

Trasíbrennos la que ha dicho Mr. Smith; y con él todos los millones de norteamericanos que patrocinaron su candidatura y millones de republicanos que comparten su opinión y la opinión de toda la prensa libre del continente.

Mr. Smith ha dicho:

«Creo en el «principio» de la no intromisión de este país en los asuntos de otras naciones y que es «nuestro deber» OPORTUNOS de una manera decidida contra tales intromisiones, «sea quien surra el que las pide».

En la intervención yanqui en Nicaragua, existe, más que un interés norteamericano, «un interés particular, personal entre Stimson y el que domina, por su apoyo, en Managua».

Pero a pesar de todas las manifestaciones de Mr. Stimson, sus declaraciones solamente vienen a probar, que la guerra subsiste en Nicaragua y que continuará con la continuación de los yanquis en aquel territorio. Que sus pactos de Tipitapa, de los cuales se vanagloria el improvisado político yanqui, no han sido sino una derrota y que todas sus declaraciones hasta la fecha son simplemente mentiras.

Podrá el General Moncada pagar con los dineros de Nicaragua todo cadáver de los yanquis que se doblen en los campos de Nicaragua, pero no podrá darles padres a los huérfanos ni maridos a las viudas.

Qué continúe Mr. Stimson co-

merciando con la sangre yanqui.

Que continúen los vivos sacando provecho de los muertos.

Este asunto es de la moralidad del pueblo yanqui.

Nuestros asuntos los resolveremos nosotros mismos.

Y le ofrecemos a Mr. Stimson que nos diga cuánto vale la vida de cada soldado yanqui que mandan a morir a Nicaragua, que los retire vivos y le pagaremos su valor.

Lo afirmo y lo creo con sinceridad: en Nicaragua no existe un solo individuo que desee la intervención yanqui, aunque aperturadamente aparezcan muchos cantándole himnos o secretándose con sonrisas forzadas.

Los que tal hacen obedecen al látigo y al miedo.

No podrían ni reclamar que todos hacen héroes.

Hasta el mismo Moncada, con sus últimos procedimientos en materia económica, obedeciendo al programa que le ha trazado la conciencia nacionalista del país, dirigida por los hombres que iniciaron un movimiento de salvación desde en 1924, está demostrando, que en el fondo le repugna el sometimiento.

Por consiguiente, nuestra lucha tiene todas las características fundamentales de la reconstrucción de Nicaragua.

No es una guerra de exterminio ni venganzas, ni odios ni rencores.

Es una guerra de reivindicación, es una guerra de la cual tendrá que surgir la verdadera paz, porque es una guerra contra la guerra que la intervención ha desatado contra los nicaraguenses, quienes tendremos que resolver por nosotros mismos nuestros problemas sin árbitros que nos precipiten en un abismo de odios y rencillas.

Esta lucha viene a darles valor a los tímidos, que suponen todo perdido y que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del invasor.

Viene a alentar el verdadero amor patrio en todos, porque no venimos a combatir banderas ni personas, sino a ayardar los abrojos y los obstáculos, que nos han impedido hasta hoy, construir las bases de una verdadera república con amor y concordia, sacándola del caos en que la intervención la ha sumido, para que pueda formar parte de la América Nueva y podamos ser todos americanos libres!

Nicaraguenses! ¡Al combate!

Ciudadanos libres del Continente!

¡Presenciad nuestro sacrificio!

¡Asistid a la hecatombe!

¡Fé! ¡La Victoria será nuestra!

¡Al combate!

¡Salud conciudadanos!

¡PATRIA Y LIBERTAD!

ENRIQUE S. TUERNO